

**PALABRAS DEL
DOCTOR JOSE ROMAN DUQUE SANCHEZ
EN EL HOMENAJE QUE LE RINDE LA
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS
AL DOCTOR ALBERTO ADRIANI,
CON MOTIVO DEL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE**

**“La Patria que honra a sus hijos ilus-
tres, se honra a sí misma”**

**(Cita de Manuel R. Egaña, en elogio
de Adriani)**

Debo empezar por agradecer al distinguido Presidente y demás miembros de esta joven Academia Nacional de Ciencias Económicas, pero no por ello, menos docta dada la calidad científica de sus Individuos de Número, el honor que me han dispensado al escogerme para llevar la palabra en este justiciero acto, dedicado a honrar la memoria del eminente venezolano Alberto Adriani. Sin méritos para ello, ya que soy ajeno a las disciplinas de la importantísima ciencia de la Economía, mi elección sólo puedo explicármela en razón del gentilicio de zedeño que me liga a Adriani y al hecho de haber sido él discípulo del educador Félix Román Duque, mi padre. Dicho esto, paso a dar cumplimiento al honroso cometido, presentando no sólo al Adriani economista, sino

también al Adriani humano, al venezolano integral. Sus variados escritos serán los colores que usaré para elaborar el retrato que me fuera confiado.

El 14 de junio de 1898 llegó a este mundo Alberto Adriani. Sus padres fueron integrantes de esa estupenda inmigración que a fines del siglo pasado vino de Italia a Venezuela y especialmente a Los Andes, a vigorizarnos con su sangre y su experiencia, contribuyendo así al progreso del país. Su nacimiento tuvo lugar en el recordado pueblecito de Zea, del Estado Mérida, circundado de fértiles montañas al pie de las cuales corren las tranquilas quebradas de Murmuquena y El Playón y es puerta abierta hacia la fecunda arteria panamericana. Desde lo alto del cerro de La Cuchilla, vela el sueño de sus habitantes la taumaturga imagen de alabastro del Dios Niño y acerca de la cual se tejen milagrosas leyendas.

Formó parte ese adolescente de los primeros once alumnos que se inscribieron en el Instituto "Santo Tomás de Aquino". Correspondió, pues, a mi padre ser su maestro de primaria y encaminarlo hacia la secundaria, cursando entre otras materias, Álgebra, Literatura, Química, Latín, Inglés y Francés.

En busca de un rumbo, tan pronto se empeña en ser marino, como parece conformarse con elementales nociones de contabilidad, que considera suficientes para ayudar a su progenitor en el establecimiento de mercancías secas y compra de café y en el fomento de las haciendas ganaderas. Pero su maestro, que ha visto al futuro estadista venezolano en ese precoz muchacho que ya a los doce años habla con propiedad de nuestras incipientes industrias, del problema cafetalero del Brasil, de la ganadería argentina, del estaño de Bolivia o del salitre y el cobre de Chile, lo convence de que su misión no está en el timón del barco, ni frente al Libro Ma-

yor de contabilidad y, con una clara visión de su destino, le señala el rumbo que deberá seguir. Yo diría que su misión sí estaba en el timón, pero en el del navío de la Patria; y también frente al Libro de Cuentas, pero en el de las finanzas del Estado.

Más tarde, rumbo a Ginebra, escribirá a su maestro, diciéndole: "Aquí voy por el camino que usted me trazó".

Las relaciones de amistad de Félix Román Duque con el ilustre sacerdote y luego obispo de Barquisimeto, Monseñor Enrique María Dubuc "cuya inteligencia era un águila siempre ávida de supremas alturas", lograron que éste aceptara recibir a Alberto en el Seminario como estudiante laico y es así como culmina su bachillerato bajo la guía de tan culto y garboso Rector, de marcada prestancia. Esta favorable aceptación fue comunicada por el joven Adriani a su maestro y éste le contesta en carta fechada en Zea, en mayo de 1915, así:

"La buena acogida que el Dr. Dubuc ha proporcionado a usted para que pueda oír las clases en el Seminario, me ha contentado como si fuera en mi propio beneficio. No dudo que usted, constante en sus buenos sentimientos sabrá aprovechar tan especial distinción y sacará los mejores frutos. El Dr. Dubuc me hace alta honra al decirme que el haber sido usted alumno mío contribuyó en mucho a su colocación. Alabo a Dios".

Pero su mentor no se queda ahí, sino que aprovecha esa carta para dar a su querido alumno acertados consejos, diciéndole:

"Ya sabe mi querido Alberto, no abandone los buenos principios en que ha cimentado su vida de joven, porque del modo de ser en los mejores años, depende la felicidad o desgracia en el porvenir del hombre. Las malas compañías son la causa de la perdición de los jóvenes, buya de ellas como de la

peor peste. Asimismo, los malos libros mírelos como en realidad son: un depósito de virus para matar almas; el que desea instruirse busca la verdad en la verdadera fuente de ella y nunca en esas obras malditas, dignas de la hoguera”.

“En fin , Alberto, deseo para usted todo cuanto de bueno tiene Dios sobre la tierra, y reciba mi afectuoso abrazo y créame su más sincero amigo y seguro servidor. F.Román Duque”.

La carta que dejamos transcrita evidencia, sin lugar a dudas, que el educador Félix Román Duque era para Alberto Adriani, no sólo su maestro, sino también su mecenaz y su mentor y quien dictando una lección de modestia y humildad, no vacila en suscribirse del brillante alumno, como “su más sincero amigo y seguro servidor”.

La tesis que presentó para optar al título de bachiller se intitula “El Tipo Criminal Nato ante la Filosofía”. Sorprende el tema tan ajeno a las cuestiones económicas. No serán las teorías lombrosianas que allí defiende las que informarán definitivamente su vida, pero sí demuestra ese trabajo que a su mente de estudioso no le eran extrañas otras preocupaciones como las jurídicas o las filosóficas. Tampoco las históricas. Pero frente a la altivez de la Sierra Nevada acaso sueña con una ciudad industrial, con enormes turbinas movidas por la fuerza potencial de El Chama, pues antes que penalista, psicólogo, jurista o historiador, era por naturaleza economista.

Luego en Caracas. Ocupa un banco en la Universidad Central de Venezuela. El inglés, el francés y el italiano, le son ya conocidos y los lee con facilidad. Pero ni las sabias Institutas de Justiniano, ni las especulaciones filosóficas acerca del origen del Derecho, que tratan de explicarle José Santiago Rodríguez, Esteban Gil Borges, Pedro Itriago Chacín, Celestino Farrera y Alejandro Urbaneja, le llaman

tanto la atención, como los problemas de la Patria que demandan urgente solución ante la desidia de los gobernantes de aquellos días.

En el Centro de Estudiantes de Derecho dicta una conferencia sobre "Progresos Democráticos de la América Latina" y en la Revista "ARIEL", publica un trabajo sobre "EL Intelectualismo".

En su modesta pieza de estudiante, aquel precoz estadista escribe su programa de gobierno:

"Protección para el que trabaja; queremos levantar de sus ruinas la industria y el comercio; queremos dar un impulso gigantesco a la instrucción; favoreceremos la inmigración que ha de traer a nuestras playas gente robusta de cuerpo y de espíritu que levante nuestra raza que decae o se estaciona; tendremos ferrocarriles, construiremos carreteras, impulsaremos nuestras comunicaciones marítimas, para que por mar y tierra transite sin tropiezos la riqueza nacional. A donde no llegue la iniciativa individual, allí estará la del Gobierno".

Así pensaba él en aquel entonces, atalayando con su pupila visionaria la Venezuela nueva. No era Adriani uno de aquellos jóvenes que más adelante, desde Ginebra, nos pintara diciendo que: "hay una juventud raquílica e ineficaz que abunda tanto en nuestro país, que teje estrofas a la luna y a las princesitas lánguidas, gastadas por la tisis, que hace paradojas y que infla hipóboles".

Parte para Europa y se instala en la ciudad cosmopolita de Ginebra, sede de la Sociedad de las Naciones. Devora con avidez las bibliotecas y las revistas y periódicos que afluyen a aquel centro de palpitación internacional y trata con hombres de todas las nacionalidades. "Le interesa Briand y Masaryk le atrae y Walter Ratheneau le subyuga con su política creadora", escribió uno de sus biógrafos.

Asiste a la Universidad y cursa ciencias económicas y sociales. Pero la visión de su Patria sumida en la tragedia le persigue como una pesadilla y en su Cuaderno de Notas sigue estampando futuras realizaciones. Al efecto, escribe:

“Es necesario prepararse para los días que pueden venir. Todo debe crearse en Venezuela. En la instrucción, en la economía pública, en la prensa, etc., hay puesto y tarea para cíclopes. Mañana, si el destino lo quisiera, toda la máquina del Estado podría estar sobre los hombros de nuestra generación. Es necesario apercebirse desde ahora de esa posibilidad. Me preparo para el mañana, sin concebir grandes esperanzas, sino con la intención de obedecer dócilmente a las circunstancias”.

Allí no olvida a la Mérida de estudiante y escribe:

“Ginebra, con su sociedad decididamente cerrada y conservadora, vivero de instituciones puritanas, al pie del Monte Blanco, costeadada por el Ave impetuoso que corre al pie de sus colinas, me recuerda en su espíritu y en su naturaleza a la lejana Mérida. Muchas veces he pensado en esa identidad de las dos ciudades que van a jugar un papel considerable en mi vida”

Sus reflexiones no se quedan ahí. Adriani, el tímido y retraído, quiere moldearse para los compromisos oficiales que la Providencia habrá de depararle. Es así como el 17 de abril de 1922, escribe:

“Como tu lo sabes, soy hombre perfectamente desprovisto para la vida mundana: no bailo, ni sé hablar agradable y ágilmente sobre trivialidades -que son el pasto común de esas conversaciones de salón-, ni tengo desenvoltura alguna que pueda gastar en sociedad: es decir, que soy hecho para vivir como aquel monje Teótimo, de la parábola de Rodó en “Motivos de Proteo”, en una vida solitaria. Yo, que sin saber el por qué, tenía ciertos prejuicios contra el baile, he venido a comprender su utilidad Es instrumento in-

dispensable para vivir en sociedad. Me he resuelto aprender a bailar. Tomo lecciones de una noble rusa, que gana la vida en eso, pero mis pasos eran mucho menos que elegantes y rítmicos: mi oído perfectamente mauser . . . ”

“Otra cosa que allá mirábamos con cierta desconfianza, que aquí quiere desaparecer son los sports. Es necesario hacerse amigo de ellos, que son, no solamente medios de salud física, sino instrumentos magníficos de equilibrio y disciplina mentales. Hay ciertos ejercicios que sirven para la vida social, como el tennis, que uno debería aprender. Las gentes que no hacen ejercicio -leía hacía días en cierto libro- son inelegantes, pesados y tristes; los que lo hacen, son elegantes, alegres y ligeros”.

Hizo, pues, deporte y patinando sobre los cristales del Lago Lemán en Ginebra que estaba congelado, se lesionó una pierna.

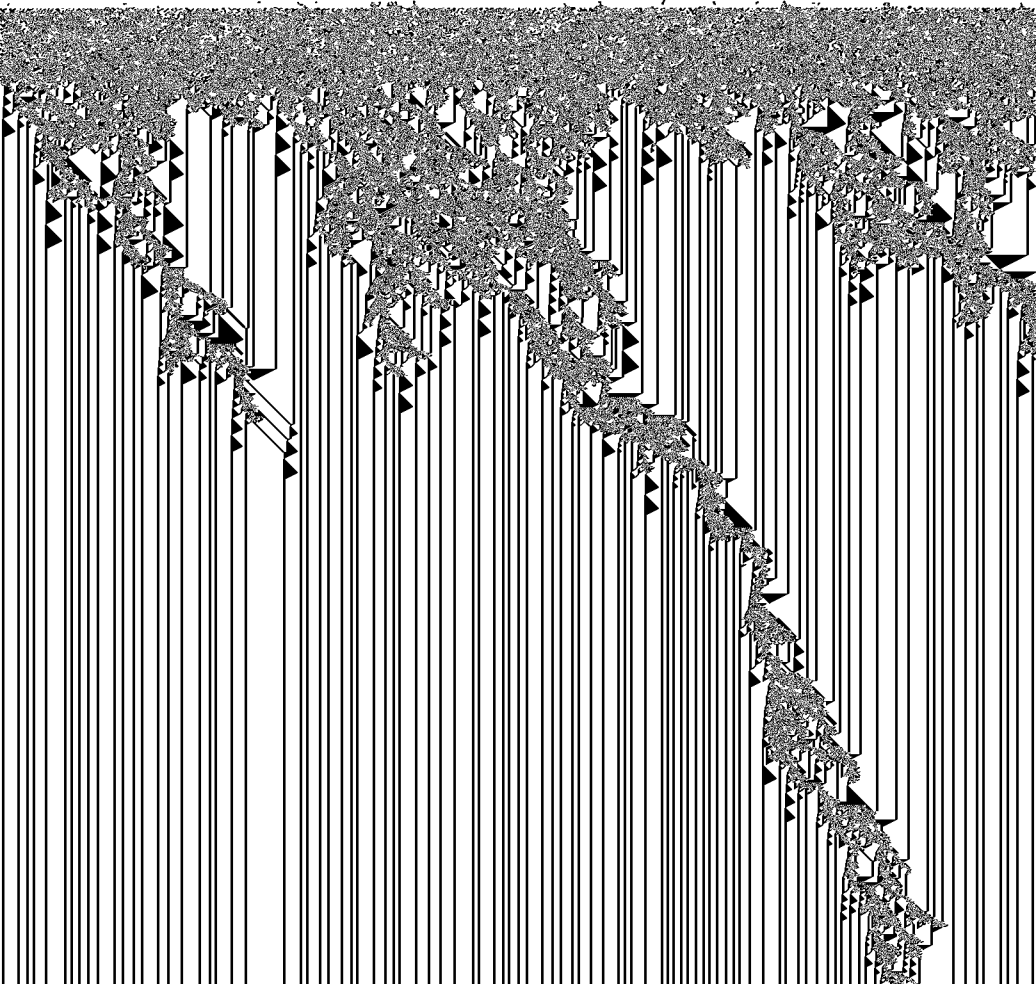
Viaja por Europa y perfecciona las lenguas que ya domina. En la tierra de sus padres observa el incremento de la agricultura y de la industria y pasa revista a museos y obras de arte. Florencia y Roma, le merecieron hermosos conceptos. Dice a ese respecto:

“Después fuí a Florencia. Esta ciudad es un milagro de la naturaleza. Pocas ciudades me han dejado tan agradable impresión. Todo allí es armonioso y es bello . . . Viví allí dos momentos inolvidables: un crepúsculo desde el Piazzale de Michelangelo, en una de las colinas que dominan a Florencia; y otro atardecer junto al Perseo de David: dos figuras milagrosas, que por sí solas nos explican el valor del arte y que retratan uno de esos raros momentos de la historia, en que la juventud es la edad de todo un pueblo. Nos imaginamos que cada florentino tenía entonces diez y ocho años”

De la Roma de los Césares y los Pontífices, nos dirá:

“Creía que Roma me dejaría desilusionado, como sucede

siempre con las cosas que han preocupado largo tiempo nuestra imaginación. No es así. Las ruinas del Coliseo, de las Termas de Caracalla, de la Mole Adriana, el Panteón, nos hacen entrever monumentos grandiosos, verdaderamente dignos de la Capital del Mundo. No es vulgar la emoción que sentimos al pisar los mármoles del Foro, ese pedazo de Roma, donde se desarrollaron los sucesos culminantes de la República y del Imperio; donde cayó César; donde Marco-Antonio mostró al pueblo el cuerpo lacerado del Imperator y su magnífico testamento. Allí se nos muestra la fuente de Yuturna, donde hace veinticinco siglos abrevaron los caballos de Castor y Polux, que vinieron a avisar a Roma la victoria del Lago Regilo. Las grandes basílicas romanas están hechas sobre esqueletos



gó en los años siguientes y convertida hoy en industria nacional, por obra del decreto de nacionalización. Es así como acerca de la situación económica y fiscal creada en aquel entonces en nuestra Patria por el Oro Negro, Adriani diría:

“El petróleo es un producto de primera importancia en nuestra economía nacional, como elemento de la balanza de comercio y de la balanza de pagos; como fuente de ingresos fiscales; y como elemento de vida de algunas regiones venezolanas, de extensión más bien limitada, sobre todo después que ha sido mecanizada, electrificada y racionalizada en alto grado”.

Si viviera, ¿qué nos diría ante la baja cotización del crudo y los problemas de los países que forman la OPEP?

En Francia, en la Ciudad Luz, el complicado sistema de comunicaciones subterráneas o el Arco de Triunfo, la Opera o la Torre Eiffel, el Museo de Louvre o la Catedral de Notre Dame, le despertarán más interés que la caricia tentadora que le ofrecen los cafés parisienses o los abigarrados cabarets del barrio de Pigalle.

En la Metrópoli de Norte América se incorpora a la Unión Panamericana. Está en el centro donde convergen las corrientes políticas y económicas del Nuevo Continente. Hace estudios agrícolas y levanta estadísticas. Allí logra estrecha amistad con Leo S. Rowe. En carta fechada en Washington el 4 de julio de 1928, leemos:

“Hay que cerrar el ciclo de los gobernantes tipo Páez, el venezolano ejemplar como hombre de gobierno. Venezuela produjo otros tipos como Soubllette, Urdaneta, de una clase, cuya más elevada personificación es Sucre. Estos hombres también debían representar un tipo potencial del gobernante venezolano, y nosotros debemos esforzarnos en realizarlo. Me parece que nuestra evolución política ganaría si enterráramos a Páez y reviviéramos a Sucre. En nuestra vida nacional, Sucre debe ser el héroe ejemplar, según el cual

debieran modelarse nuestros ciudadanos. ¿No te parece que con esa bandera podríamos alcanzar una modificación del carácter nacional, con más facilidad que si tratáramos de hacerlo con teorías abstractas?. Por supuesto, los vicios que debemos combatir están hondamente arraigados en nuestra raza, y necesitamos inmigrantes que serían elementos mucho más dóciles. Dirás: "Cada loco con su tema". Puede suceder que mi buen sentido lo turbe la influencia de mi especialización, pero cuando medito en nuestros problemas nacionales encuentro que no se pueden resolver sin el factor inmigración".

Después de tan largo y fructífero recorrido, de nuevo en Zea, su pueblo natal. Por aquellas calles solitarias transita un hombre sencillo, de porte modesto matizado de timidez, viste un traje azul y se le advierte el ojo derecho entrecerrado como una leve y sana picardía. Con su voz metálica saluda en forma seca sin dejar de ser cordial. De allí escribe:

"Llevo una vida campesina, pero no tan salvaje como pudiera suponerse y disfruto de una tranquilidad que no podría ser mayor en otra parte"

Este retiro, comparado por Mariano Picón Salas al de Bismark en la Pomerania, le permite otear con cautela el ambiente venezolano y palpar en el propio cuerpo de Venezuela el dolor de la herida abierta en carne viva.

"Venezuela en manos de rapaces e ignorantes, exclamaba. Pero esperemos. La revolución no se hace de la noche a la mañana. Gómez es en cierta manera, el resultado de un estado social. Antes de reaccionar contra él, debemos reaccionar nosotros"

Y mientras esperaba, elabora los planes del futuro. Estudia. Dicta conferencias. El Salón de Lectura de San Cristóbal, capital del Estado Táchira, oye de sus labios la

exposición extraordinaria, clara y precisa del nacionalismo económico, pero antes de hacerlo, hará de San Cristóbal, magnífica descripción, así:

“La verdad es que me honra y me causa íntima satisfacción venir a hablar sobre ciertos problemas, que estoy seguro os interesan, en esta ciudad que siempre me cautivó, aún antes de que tuviera la suerte de conocerla. Circundada de tierras ubérrimas y sanas, propicias al esfuerzo, en un punto de convergencia o de cruce de vías de comunicación de importancia nacional e internacional; exponente de una raza laboriosa, emprendedora, prolífica, migratoria y colonizadora; principal población en la zona de contacto con la vecina República de Colombia, San Cristóbal está llamada a grandes destinos. Será siempre, para bien de la Patria, una de las obreras de su historia, uno de los puntos de concentración de las energías venezolanas”; y agregó: *“Al designármeme para iniciar este ciclo de conferencias, es de suponer que tal distinción se deba a la primera letra del alfabeto con que comienzan mi nombre y apellido”.*

Visita las haciendas de su padre y observa aquellas feraces tierras, selecciona razas, estudia los cultivos del café en nuestra región andina, habla sobre las enfermedades del tabaco o diserta sobre las variedades de la caña de azúcar o del arroz. Nadie podría pensar que ese agricultor sería muy en breve el que echaría con toda solidez las bases del Ministerio de Agricultura y Cría.

En su cuarto de estudio de la casa paterna, de corredores interiores y un hermoso granado en el patio colonial, hasta avanzadas horas de la madrugada ese hombre lee y escribe, en medio de la paz que allí se respiraba y de la que era símbolo una mansa paloma de las llamadas en Los Andes “Pico de Coral”, posada en la palanca de la prensa copiadora de correspondencia al agua, que en el establecimiento comercial hacía compañía a su fino y activo padre don José, cuadro que completaba doña María,

la madre, siempre hacendosa, en uno de los solariegos rincones, elaborando en sencilla máquina, traída de Italia, las suaves y frescas pastas y en el horno casero el exquisito bizcocho, amarillento, ancho y semi-ovalado, aliñado con granitos de anís, para delicia de su querido y cuán admirable hijo. De aquel cuarto de estudio saldrán para los Diarios de Caracas artículos de marcado interés: "La Vieja Plaga y Nosotros", "Un Sistema Nacional de Comunicaciones", "Venezuela y su Industria Cafetalera", "Las Limitaciones del Nacionalismo Económico", "Las Crisis, Los Cambios y Nosotros", "El Dilema de Nuestra Moneda y la Situación Cafetalera Colombiana", "La Desvalorización del Bolívar", "Las Primas de Exportación", "El Convenio Sobre el Cambio", "Mientras los Expertos dictaminan Sobre el Cambio", "La Tributación y el Nuevo Estado Social", así como numerosas cartas para sus amigos, que eran otros tantos artículos de igual índole. El modesto pueblecito de Zea, que fue fragua de juventudes con su "Instituto Santo Tomás de Aquino" y luego "Instituto Duque", continuaba siendo en la voz de uno de sus más aprovechados alumnos, fanal esplendoroso y rayo de esperanza para la Patria Nueva. Quien lo diría: allí estaba el futuro Ministro de Hacienda, llamado a revolucionar, para bien del país, nuestro arcaico sistema tributario.

Desaparece Gomez y a Caracas se traslada a cumplir su misión para la cual se había estado preparando. Lo llamaba la Patria y no podía hacerse esperar.

Compenetrado de la importancia de la prensa en toda labor destinada a la colectividad, Adriani, en cuanto hubo iniciado sus labores como Ministro de Agricultura y Cría, promovió la fundación de un vocero de su Despacho que fuese principalmente órgano de divulgación de los nuevos sistemas ante los agricultores y criadores del país. Así nació la revista "EL AGRICULTOR VENEZOLANO", para

cuyo primer número, que circuló en mayo de 1936, escribió él el editorial que concluye así:

“Para esta labor, que responde a la voluntad de renovación que hoy anima al pueblo venezolano y a las necesidades vitales de la Nación, de esta Nación que es y seguirá siendo durante todo una época principalmente agrícola, invocamos la colaboración de todos nuestros agricultores, que por laboriosos, honestos y sufridos, son la sal de nuestra tierra. Y pedimos el apoyo del pueblo que no vive en los campos -esos campos nuestros, tan llenos de tristeza y de abandono-, en donde venezolanos animados de espíritu de sacrificio, con heroísmo silencioso, frente al desierto, las inclemencias de la naturaleza y las arbitrariedades y la codicia de los hombres, conducen una dura batalla en pro de nuestra economía y extienden las fronteras activas de la Patria”.

Cumplida allí breve pero eficiente labor, el General Eleazar Lopez Contreras, “el último epígono de los Libertadores” como lo llama Miguel Angel Burelli Rivas y quien sabía escoger a sus colaboradores, lo lleva al Ministerio de Hacienda. “En el sillón de aquel Despacho después de Santos Michelena, no se había sentado otro hombre más capaz”, afirmó Uslar Pietri.

Al igual de lo que hizo en Agricultura, al ocupar el Ministerio de Hacienda, creó la “REVISTA DE HACIENDA”, cuyo primer número no llegó a circular sino después de la muerte de su infatigable iniciador y para el cual dejó escrito el editorial que concluye con el siguiente párrafo:

“La Revista que hoy se inicia, tiene el propósito de dar a conocer los estudios que se vayan realizando y los documentos y los hechos fiscales que tienen importancia. En realidad, es en la Hacienda en donde primero se refleja todo esfuerzo de reconstrucción, sobre todo hoy cuando el tributo no es tan sólo un medio fiscal, sino un factor económico y un factor de justicia social. Esta Revista puede

dar una contribución indispensable en el desarrollo del Programa de Febrero. Los estudios que en ella se van a publicar, podrán ir documentando nuestra situación económica, que es la base de nuestra situación fiscal. Se publicarán resúmenes estadísticos y se darán a conocer algunos de los estudios de investigación económica que realice la Dirección de Economía y Finanzas”

Aparece también en este número la Exposición de Motivos de varias leyes y decretos, como son la de la Ley de Cigarros y la de Varios Ramos de la Renta Nacional.

Trabaja sin cesar. Una fiebre de hacer lo devora. En el viejo y hermoso edificio de Carmelitas, caído hoy bajo la picota de la moderna arquitectura funcional, la luz de una bujía arde pasada la media noche:

“Venezuela es campo abierto y prometedor para todas las perspectivas y no hay tiempo que perder. Pereunt et imputantur -dice él- recordando la sentencia que leyera en el reloj de sol del Colegio de Todas las Animas, en Oxford: “Las horas pasan y se nos cargan en cuenta”

“Venezuela -agregaba- es un pueblo llamado a grandes destinos. No lo pongamos en duda ni por un momento. Ha habido siempre en Venezuela la convicción de que vamos a hacer algo grande. Habiendo ya una vez jugado un gran papel en la historia, nuestro pueblo tiene en la intimidad de su conciencia, el presentimiento de que en el porvenir podrá hacer grandes cosas. Sólo que hasta ahora este presentimiento no ha logrado convertirse en acción, en impulso eficaz. Nos hemos contentado con la retórica, con la literatura, con ver el porvenir en papel de imprenta. Para nosotros el principal esfuerzo debe ser convertir en acción, en actos, esta aspiración que se satisface con el mundo del papel, con el ersatz de un mundo ideal. Es necesario proceder activamente. Los sepulcros de los pueblos que se duermen no tienen siquiera un nombre y, verdaderamente, no lo merecen. Mientras las dificultades se agravan, el tiempo buye implacable como el Destino. Las horas se deslizan furtiva-

mente, llevándose nuestras esperanzas y nuestras oportunidades, que son fragmentos de nuestra vida”.

Frases todas éstas en las que se vislumbra la angustia que le mordía el alma.

Mas de pronto, cuando se esforzaba en hacer realidad esa angustia, ante la sorpresa y estupor de los que fuimos sus amigos y de Venezuela toda, lo vemos desaparecer para desgracia de la patria. Joven y en plena actividad. Potente el músculo, clara la mente, templado el corazón. Y él lo presentía, pues no en vano escribió en su Cuaderno de Notas:

“Todo el mal de mi vida lo constituye el tiempo que vuela y que envejece y el temor de que esta vida se prolongue y al prolongarse me vuelva filisteo. Pero me someto al Destino”

Quizás por eso se marchó temprano, como se deshojan en flor los amados de los Dioses. Fue el 10 de agosto de 1936. Diez lustros de su sensible fallecimiento acaban de cumplirse. Pero él vive en nuestro recuerdo con caracteres imborrables y lo que es mejor, en el ejemplo vivo que legó a las generaciones venideras, a los jóvenes de Venezuela. A nosotros los zedeños, sus conterráneos, nos dejó un mensaje que día a día nos empeñamos en hacer realidad. El nos dijo: *“Para edificar la grandeza de la Patria, comience cada uno por su Municipio. Comencemos nosotros por nuestro ZEA”.*

Distinguidos académicos, distinguido auditorio:

El retrato que este modesto aficionado acaba de hacer, acaso no sea expresión fiel de la señera figura del eminente economista y estadista Alberto Adriani, pero me tranquiliza el recordar -como alguien dijera- que “el mejor panegírico de un hombre es la imposibilidad de elogiarlo dignamente”, aparte de que hay otro retrato que sí puede re-

flejar su vigorosa y extraordinaria personalidad. Es el retrato que fue desvelizado hace un momento, obra pictórica del Eminentísimo Cardenal José Humberto Quintero, cuyo viaje hacia la eternidad no podemos dejar de llorar y quien no sólo era -como lo afirmara Mario Briceño Iragorry- “orfebre cuando aderezaba imágenes y tejía palabras, sino también artista que sabía arrancar a los pinceles los secretos de la luz y de la sombra”. Por ello, ese retrato de Adriani, que no el mío, servirá en todo caso de acicate, para “no resignarnos a dejarlo quieto y silencioso bajo la lápida blanca y a permitir que el murmullo de los filisteos fuese echando paletadas de olvido sobre tan formidable fuerza de vocación venezolanista”, como lo apunta en las palabras introductorias de la primera edición del libro “LABOR VENEZOLANISTA”, que recoge los numerosos trabajos de Adriani, el no menos eminente venezolano Arturo Uslar Pietri, quien estuvo cerca de él en las más hermosas horas de su esperanzadora angustia.

Señores.